

Salmos diarios, Ciclo II, Año Par. Explicados

Semana Santa

Miércoles

Salmo 68

En este salmo, el salmista hace un análisis profundo de sus desgracias; manifiesta un refugiarse incesante en Dios, y hace una serie de las infaltables imprecaciones.

El salmista es un individuo injustamente acusado; está, además, seriamente enfermo, y, para colmo, una cadena de aflicciones de todo color lo aprieta y asfixia. Es la suya una situación desesperante de la que hace una poderosa descripción, lanzando, de entrada, un grito desgarrador: "Sálvame, Dios mío". Las aguas me llegan al cuello; el río está creciendo y la corriente me arrastra al centro del torbellino; estoy hundiéndome en el barro profundo y no sé dónde apoyar el pie. Tengo rota la garganta de tanto gritar y mis ojos están ya nublados de tanto esperar (vv. 2-4).

Los que me odian sin razón ni motivo son más numerosos que los cabellos de mi cabeza y sus ataques son más duros que mis huesos (v. 5). Mis hermanos me miran como a un extraño, soy como un extranjero en la casa de mi madre. Y todo esto sucede porque el celo de tu Casa me quema como un fuego devorador, y las afrentas que los impíos lanzan contra Ti han caído sobre mí como cuchillos afilados. Cuando, en tu honor, me entrego al ayuno, la sonrisa burlona asoma en seguida a sus caras, y cuando me ven rezar, se sientan a la puerta para dedicarme coplas mordaces mientras no paran de tomar vino (vv. 9-13).

En los ocho últimos versículos la esperanza levanta, ¡por fin!, la cabeza; el alma, hasta ahora en tinieblas, del salmista comienza a amanecer, y la alegría, como una primavera, cubre de sonrisas sus grutas y praderas. Y, en una reacción final, el salmista, olvidándose de sí, entrega palabras de aliento a los pobres y humildes; y aterriza el salmo con una cosmovisión alentadora de salvación universal.

Muchas veces tendremos que sufrir injurias y vergüenzas, y ser considerados como personas extrañas... Esto jamás debe desanimarnos en el testimonio de fe que hemos de dar, pues en el anuncio del Evangelio debemos recordar aquellas palabras de Jesús: En el mundo tendrán tribulaciones; pero ¡ánimo! yo he vencido al mundo. No busquemos, por tanto, la gloria del mundo. Busquemos a Dios y decidámonos a amarlo sirviendo a nuestros semejantes. Entonces Dios nos reconocerá como suyos y nos dará la gloria de su propio Hijo, a quien hemos unidos nuestra vida por medio de la fe y del Bautismo. Busquemos, pues, al Señor para

vivir comprometidos con Él, pues Él siempre velará por nosotros. Hagamos la prueba y veremos qué bueno es el Señor.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)